

## «LAZARO»

### La primera novela de Jacinto Octavio Picón

En la primavera de 1882, brindaba al público el escaparate de una gran librería madrileña, un pequeño tomo titulado *Lázaro*. Tratábase del primer intento novelístico de su autor: J. O. Picón. La obra no iba a dejar indiferente a la crítica cuyos dictámenes resultaron, en su mayoría, favorables. Por su parte, le manifestó el público tal interés que se hallaron agotados los dos mil ejemplares de la primera edición al cabo de unos veinte días, conociendo igual suerte la segunda, pasados algunos meses. Era el hecho bastante inaudito entonces en España, lo cual nos ha llevado a indagar los motivos que puedan explicar sino justificar una acogida tan privilegiada.

En 1882 no era un desconocido J. O. Picón para el lector español. En 1875 entró el joven escritor como corresponsal en *El Imparcial*, y desde París mandó interesantes crónicas de la Exposición de 1878. Aceptó luego la corresponsalía de *El Correo*, el célebre órgano político de Sagasta, de reciente fundación. Muerto Angel del Río, escribió también en *La Ilustración Española y Americana*. Por fin, de regreso en Madrid a fines de 1880, dirigió la página literaria de *La Europa* y fue redactor político de *El Progreso* que representaba la tendencia Zorrilla-Martos-Salmerón. Fuera de las crónicas de actualidad, las que dirigió desde Africa durante la insurrección de los «Kroumirs», se había especializado en la crítica artística, labor que nunca debía abandonar aun después de lograr repetidos éxitos como novelista (1).

Esta bien asentada fama de periodista permite, por cierto, explicar en buena parte la rapidez con que se vendió *Lázaro*. Gozó el libro de un éxito de curiosidad, en relación directa, claro está, como ocurría inevitablemente en la España de la época, con la actitud ideológica de su autor. Se situaba éste, sin ninguna ambigüedad, en el sector avanzado del campo liberal. El hecho no dejó de influir en el caso que nos ocupa puesto que presentaba la novela de J. O. Picón dos centros de interés que eran ambos, en aquel entonces, de índole

---

(1) Agustín de Amezá: «Apuntes biográficos de don Jacinto Octavio Picón», en *Vida y obra de don Diego Velázquez*; J. O. Picón, O. C., t. X, Madrid, 2ª edic., 1925.

para despertar las pasiones: por una parte su estilo realista, por otra su temática religiosa y social.

Salió *Lázaro* poco antes de que culminara la encarnizada polémica en torno al naturalismo en el arte. Venía ocupando ésta a los cenáculos literarios desde los años 1874-1875, con particular aplicación a la novela a partir de 1879, año en el cual empezaron a tener cierta resonancia en España las obras de Zola (2). En 1882, los puntos de vista se habían expresado y afrontado ya en muchas ocasiones, en varias sesiones del Ateneo de Madrid o por medio de las revistas y de la prensa diaria en que múltiples artículos atestiguan la importancia dada al asunto por los críticos. Durante el invierno 1882-1883, menos de un año después de la publicación de *Lázaro*, Emilia Pardo Bazán, desde las columnas de *La Epoca*, iba a alzar el debate con «La cuestión palpitante». Gracias al talento de la escritora quedaba aclarado y profundizada dicha cuestión y al mismo tiempo a consecuencia del revuelo polémico que ocasionó, fueron llevados partidarios y detractores a precisar sus posiciones formándose así dos campos, en adelante bien delimitados. Situábase el conflicto, desde el principio, en el doble plano de la moral y de la estética, inclinando el pensamiento liberal hacia la modernidad o sea a favor del naturalismo, oponiéndose firmemente a él, el tradicionalista. Desde luego, se verificó más que nunca la habitual intromisión de lo político en lo literario. Sin cuidar de matices y con más o menos adecuación, en la opinión pública, resultó identificado definitivamente el naturalismo con el liberalismo de izquierda, el antinaturalismo con el conservatismo reaccionario (3).

Salió pues, la novela de J. O. Picón en un clima de efervescencia ideológica, sensibilizado el lector y atento a la querrela, en acecho la crítica, pronta a enjuiciar toda obra nueva desde el particular enfoque del momento. Tratábase ante todo de poner o no, la etiqueta naturalista y de opinar en pro o en contra según el caso, ya que, en 1882 el debate se había transportado del dominio de la teoría al terreno concreto. Era hecho patente la influencia naturalista en varios novelistas españoles. Aun dejando aparte el caso de Pereda, cuyo realismo comparable, en la forma, con el de Zola, difiere fundamentalmente de él. En cambio, algunos se preciaban de seguir los pasos de la escuela francesa. Fue de los primeros Ortega y Munilla y no tardó en juntarse Narcís Oller. Por fin, el mismo Galdós, después de *La familia de León Roch*, acababa de publicar en 1881 *La desheredada* en que se

---

(2) W. T. Pattison: *El naturalismo español*, Madrid, 1965.

(3) G. Davis: «The critical reception of naturalism in Spain before the 'cuestión palpitante'», *Hispanic Review*, 1956, V, XXIV, pp. 50-63.

Mi propia tesis: *Emilia Pardo Bazán romancière. La critique, la théorie, la pratique*, Centre de Recherches Hispaniques, París, 1973.

volvía a notar una inspiración marcadamente positivista. El mismo año 1881, Emilia Pardo Bazán, después de un primer intento novelístico, libraba al juicio del público y de la crítica *Un viaje de novios*, obra doctada, pese a las prudentes salvedades del prólogo, de inequívocos rasgos naturalistas.

Quién se extrañaría en esas condiciones al hallar bajo la pluma de un conocido crítico de la época «Fernanflor», un artículo sobre *Lázaro* en el que compara la novela de J. O. Picón con *Pot Bouille* (4). En realidad, la pintura social presentada en la novela española atañe a la aristocracia y no a la burguesía como en la obra francesa, pero esta diferencia aparte, se fundaba el crítico en la actitud de ambos novelistas que juzgaba comparable, esencialmente, su realismo crítico de índole satírico-moral. Hasta la fecha, el joven escritor español se había señalado a la atención de la crítica sobre todo por unos *Apuntes a la historia de la caricatura* (Madrid, 1877) que revelan su inclinación por el arte realista. Fuera de esto, era autor de algún que otro cuento cuyo estilo no se prestaba a mucho comentario. No sorprende sin embargo la comparación de *Lázaro* con una obra de Zola dada la atmósfera literaria del momento y las ideas republicanas de su autor que convidaban a suponerle, como liberal, favorable a la doctrina francesa. No de otros modos se explica, pues la novela dista mucho de ser naturalista. Cuantos elementos puedan abonarse a favor de la afirmación de «Fernanflor» no logran sino convencer de que él, como la mayoría de los críticos de su tiempo, confundía abusivamente, naturalismo con realismo crítico.

¿Qué hallamos, en efecto, en la novela de J. O. Picón? Un asunto atrevido para la época, eso sí: el caso de un joven capellán recién ordenado, cuya fe no resiste el contacto de la sociedad y que acaba colgando el hábito. Pero, aunque la revelación de la tragedia espiritual del protagonista se realiza por medio del sentimiento amoroso, no explota el escritor dicho resorte con óptica naturalista. No se concreta el amor de Lázaro, queda ignorado de quien lo ha despertado y con discreto realismo J. O. Picón se contenta con evocar brevemente y sin morosa complacencia la turbación de los sentidos del joven clérigo (5). Por fin, y es hecho capital pese al apartamiento del sacerdocio que relata y a su carácter anticlerical, la novela no se inspira en el materialismo y el ateísmo propios del naturalismo zolesco. Volveremos sobre este punto más adelante. Otros atrevimientos hay en el asunto de la novela, por cierto. Al tema del sacerdote enamorado se añade el

---

(4) *Op. cit.*, *El Liberal*, 19 de junio de 1882.

(5) *Op. cit.*, *O. C.*, t. VI, Madrid, 1918. Not., cap. VIII, pp. 91-92; cap. IX, pp. 110-112; cap. XIII, pp. 150-154.

de la casada infiel: la duquesa de Algalia, en casa de quien ejerce Lázaro su cargo, toma como amante al pretendiente de su propia hija. Sin embargo, tampoco explota el hecho J. O. Picón a la manera naturalista. Lleva paulatinamente al lector al descubrimiento de las culpables relaciones, cuidándose de no incurrir en descripciones escabrosas. Está relatada brevemente la entrada del amante en los aposentos de la dama el día de la caída y sólo se permite el novelista, en el curso de un retrato de la adúltera, algunas notaciones que ponen de relieve las huellas de la pasión física (6). Bien poca cosa, en fin de cuentas, para tachar al autor de naturalista.

No menos inadecuado resulta el calificativo si consideramos la imagen del medio aristocrático que nos presenta *Lázaro*. Por cierto, no nos da de aquella sociedad concepto halagador. Allí aparecen hombres gobernados por la vanagloria. Cuantos poseen títulos y fortuna ambicionan cargos honoríficos o que les den la ilusión del poder, como el duque de Algalia, anheloso de llegar a la senaduría. Otros codician el encumbramiento social por medio de algún enlace aristocrático, como Félix Aldana, el pretendiente de la hija del duque, tipo de arri- vista sin escrúpulos morales, bien relacionado con el mundo de la política y dispuesto a todos los compromisos. Llevan los miembros de aquella sociedad una vida ociosa dedicada a los placeres fáciles y no exenta de excesos. En cuanto a las mujeres, bajo capa de devoción y aparente severidad, resultan coquetas, frívolas y muy relativamente virtuosas. Ofrece, pues, la novela la imagen de una sociedad brillante, muy celosa de sus privilegios de clase, amante del lujo, superficial y carente de nobles ideales. En conjunto, la visión resulta marcadamente negativa y trazada sin ninguna simpatía.

Todo aquello se echa de ver en el relato de J. O. Picón, o a menudo se deduce de él, puesto que es corta la obra y no se presta a largos desarrollos de los diferentes temas que acabamos de señalar. Fuera del protagonista, tan sólo destacan algunas figuras: Josefina de Algalia y sus padres, los duques, y Félix Aldana. Estos merecen una presentación algo detenida, pero no ahonda el novelista el estudio de sus personajes, esboza unos tipos, nada más. En torno a ellos evoluciona la sociedad a la que pertenecen, masa casi anónima descrita a modo de telón de fondo.

Es explicable el hecho por ser *Lázaro* una primera tentativa novelística. Le dio modestamente su autor el subtítulo de «casi novela», y bien es verdad que no llega a 200 páginas. Se comprende que, después de escribir unos cuentos, J. O. Picón, que iba a revelarse luego como artista frío, cerebral, nunca apasionado, haya querido ensayarse

---

(6) *Id.*, cap. XI, p. 129.

con una forma de relato a medio camino entre cuento y novela. Según A. González Blanco produjo «un fruto desmedrado y canijo», «una novelilla endeble» (7). A nuestro modo de ver no hay tal, sino una novela corta y no tan despreciable, a pesar de los defectos que como obra primeriza presenta.

Volviendo al realismo del relato, cabe insistir en que al pintar las fealdades y los vicios de la sociedad aristocrática madrileña, no descubre ni deja suponer J. O. Picón un grado de corrupción que permita establecer una comparación con la abyección de la sociedad de *Pot Bouille*. Tanto más cuanto que respetuoso del tabú nacional, el escritor español observa la mayor discreción en materia de temática erótica, limitándose a la evocación de un caso pecaminoso, mientras en Zola el tema resulta obsesivo. Por fin, si lleva *Lázaro* un sello de melancolía debido a la visión desengañada de su autor, nada hay comparable con la atmósfera que se desprende de las novelas de Zola. No se baña el relato español en aquella tristeza reveladora del hondo pesimismo del novelista francés. Además, en vano se buscaría, ni por asomos, la aplicación de los postulados deterministas inherentes a la doctrina naturalista. Muy al contrario, lejos de dejarse pervertir por el medio en que se ve hundido, *Lázaro* reacciona libremente, adoptando una actitud personal de oposición.

El único aspecto quizá en que se pueda hablar de influencia del estilo entonces vigente es el carácter netamente descriptivo del relato. En efecto, es escaso el empleo del estilo directo y no poco adolece la novela de ello. Apenas si se cuenta con dos monólogos, unas pocas escenas limitadas a dos o tres réplicas y, de tarde en tarde, la reflexión intercalada de alguno de los personajes. Predominan en el relato y, cortándolo a menudo, las descripciones con objeto de precisar el cuadro. Son éstas numerosas y detallistas. No dejan lugar a duda tales características. Pagaba J. O. Picón tributo a la moda del tiempo, una moda novelística, hace falta insistir en ello, que se anticipó en España a la aparición del naturalismo, ya que venía bien preparado el terreno por el costumbrismo nacional; con todo, la reforzó notablemente la imitación del naturalismo francés. De todos modos, aún numerosas, no son excesivamente largas las descripciones que figuran en *Lázaro*, y aunque reveló su autor más tarde en su obra de crítica de arte su amor a la pintura y a la plástica, resultan bastante leves las huellas de esta afición en la primera novela suya. No le inclina ningún derroche de notaciones visuales, coloristas, y tampoco

---

(7) «Jacinto Octavio Picón», en *Nuestro Tiempo*, n.º 300, dec. 1923, p. 256. El mejor estudio de conjunto sobre el novelista queda siendo el de Pezeux Richard en *Revue Hispanique*, número 77, febrero de 1914.

Insiste por lo demás en otras impresiones sensoriales. Finalmente se adivina un talento mesurado de artista poco propenso a la retórica descriptiva propia del naturalismo, aun cuando sigue la tendencia de la época. Emplea, además, J. O. Picón un lenguaje castizo, sobrio, exento de términos crudos y aun vulgares, es enemigo de efectismos y cuenta con un léxico abundante y de buena cepa. En esa primera novela suya no escribe todavía con la fluidez y la agilidad que hubo de alcanzar con *Dulce y sabrosa* (1891), reputada su mejor novela, pero ofrece ya las premisas de una prosa equilibrada y armoniosa, que en *Lázaro* se acerca más al realismo cervantino que al moderno de los años 1880.

Como novela de costumbres contemporáneas, poseía la obra cierta originalidad al salir a la luz, en cuanto al ámbito social representado en ella. Se anticipa en efecto notablemente a las novelas dedicadas a la pintura de la aristocracia española, en particular la madrileña. Descartado el acabado cuadro provinciano de *La regenta* (1885), si exceptuamos algunos ambientes y personajes galdosianos, habrá que esperar a *La Montálvez*, de Pereda (1888), y a *Pequeñeces*, del padre Coloma (1891), para tener una imagen de conjunto de aquel sector social. El mismo J. O. Picón en sus novelas posteriores explotará poco el filón, situando preferentemente sus intrigas en la burguesía acomodada. Sin embargo, no pasa de esbozo la pintura social que ofrece *Lázaro*; sería, pues, inoportuno exagerar la importancia de su originalidad en la materia. Tan sólo merecía mencionarse a título de punto de referencia en la perspectiva de un estudio de conjunto de este tema novelístico. De mucho mayor interés resulta la problemática religiosa introducida por el escritor en su obra.

En *Lázaro* ejerce J. O. Picón severa crítica del catolicismo español de su tiempo, considerando juntamente su forma eclesiástica y su práctica en la sociedad laica.

Hijo de honrados labradores, Lázaro es sobrino de un clérigo que ha ido encumbrándose en la carrera eclesiástica hasta llegar a obispo. A su amparo se prepara el joven al sacerdocio. Bueno, dócil, respetuoso, inteligente, estudioso, sabe aprovechar la situación privilegiada que le ha deparado la suerte. Acabado el seminario, se encarga su tío de facilitar su porvenir, conciliándole una capellanía en una casa aristocrática de la corte. No obstante, la estancia en el palacio episcopal le ha dado al joven ocasión de observar los usos y modales de su tío y de sus familiares. Allí se vive rodeado de lujo, es opípara la comida, son muchos los ocios; dista grandemente la vida episcopal de la sobriedad y de la severidad ascética. En cuanto al espíritu que allí reina, bien alejado está también de los preceptos evangélicos.

Rondan la envidia y la maledicencia por patios y pasillos, impera la vanagloria y queda alvudada la práctica de tan fundamental virtud cristiana como es la caridad. Allí, en nada se aprecia la pobreza, la honradez del humilde. Prevalece el interés mundano y se rigen aquellos ministros de Dios con sus injustas leyes. Finalmente deja esta primera experiencia en Lázaro sordo malestar. No puede menos que interrogarse mucho sobre la visible contradicción existente entre los cristianos consejos que le prodiga su tío al despedirse y su modo de vivir y de obrar.

En casa de los duques de Algalia le toca al joven descubrir la sociedad laica. Apreciado pronto por su discreción y respetado por su bondad y su piedad, no tarda, sin embargo, en darse cuenta del carácter puramente decorativo de su papel en la casa:

«Capellán. ¡Este era el puesto que había de desempeñar! Nadie le había dicho todavía que era como un cuadro más en la cocina o un caballo nuevo en las cuadras, un artículo de lujo» (8).

La misma religión se revela como un elemento imprescindible de la vida de dicha sociedad, elemento importante por el número y la diversidad de sus manifestaciones. Pero si es asunto tratado con intransigencia, si se observa estrictamente en las prácticas exteriores, carece de todo valor espiritual y de toda eficacia moral. Vacía de todo sentido profundo, se revela al fin y al cabo lo que es: una fachada social, la odiosa manifestación de la hipocresía triunfante. Al retratar a la duquesa de Algalia, J. O. Picón satiriza en pocas palabras aquel formalismo religioso típico del medio evocado:

«Religiosa hasta la superstición, devota por fe heredada, hipócrita por el qué dirán e intransigente por decoro, adoraba la misa en que estrenaba un traje, la Samana Santa en que tan guapa como el año anterior pedía para los pobres o la novena que facilitaba una cita» (9).

En tales condiciones, que no osase un capellán salirse de los límites que se le han asignado. Cuando descubre Lázaro el adulterio de la duquesa y con palabras de doble sentido le da a entender su reprobación, ella no tiene más prisa que asegurarse su silencio, pidiéndole que en adelante fuera su confesor, el cómplice más que el juez de sus pecados.

Esta es en sustancia la imagen que propone el novelista de la religión en las altas esferas clericales y mundanas de la España de su tiempo. Por medio de un contraste voluntariamente buscado entre la

---

(8) *Op. cit.*, cap. III, p. 48.

(9) *Ibid.*, p. 45.

doctrina y la práctica, entre las apariencias y la realidad, pone de realce el relajamiento de la moral cristiana en que se fundaba la sociedad.

Encierra además la novela, por medio de la experiencia que realiza el protagonista, una violenta diatriba contra el estado sacerdotal, según lo concibe el catolicismo en general y en sus modalidades más específicamente españolas. Ataca, en efecto, J. O. Picón a la educación señaladamente oscurantista que presidía a la formación de los clérigos en la España del pasado siglo. Con finalidad simbólica utiliza audazmente el escritor la famosa invitación de Jesús al difunto Lázaro: *Lázaro, ven fuera*. Para el Lázaro de la novela, la sepultura es la clausura, es el secuestro que se impone a los levitas en seminarios y conventos. Allí se apoderan de su inteligencia, deformándola sistemáticamente con intención de volverles inasequibles a las solicitudes de la vida cuando tengan que entrar en contacto con ella. Con todo, unos pocos resisten por tener mayor sensibilidad, un intelecto más crítico, un hambre innata de verdad y de justicia. La misma vida es quien les exhorta a salir de su sepulcro, y entonces no hay puerta de escape a la crisis espiritual. Se entabla el pleito de la fe.

Así ocurre con Lázaro. Insiste J. O. Picón en los defectos de la educación recibida en el seminario. Allí se aprende mal latín y peor griego, embota el joven su inteligencia con casuismos teológicos, debe admitir la verdad sin derecho a examinarla. Tan rígido dogmatismo corre parejo con la voluntad de matar en el futuro sacerdote todo ideal personal de vida que no fuese el ascético de preparación a la muerte, puerta mágica que abre el eterno paraíso de los justos.

En casa de los duques de Algalia es donde ha de estallar la crisis que va a cambiar radicalmente el destino del capellán. Como queda dicho, en armonía con sus conceptos realistas, ha elegido J. O. Picón el resorte sentimental amoroso como clave de la evolución espiritual de su personaje. Con no poca destreza y delicadeza desarrolla el tema del amor en un clérigo: sentimiento naciente e inconsciente primero que luego va creciendo en la convivencia diaria de Lázaro y de la hija del duque, unidos por una especie de amistad severa y dulce. Esta tendrá por efecto despertar la sensibilidad femenina de la joven y predisponerla a poner su amor y su fe en un caballero que frecuenta la casa. Para el capellán, la mordedura de los celos provoca la toma de conciencia y la rebeldía contra aquella imposición del celibato que veda al sacerdote el derecho de sentir y de obrar como los demás hombres. El drama que se juega entonces en el turbado espíritu de Lázaro es el de la pérdida de la fe, sordamente debilitada por los repetidos choques de la realidad circundante con sus convicciones

profundas. Empapado en noble idealismo moral, elige el personaje entre dos caminos el que le parece más digno, rompiendo con el estado sacerdotal. A la apostasía secreta, al doble disfraz del cuerpo con la sotana y del alma con el fingimiento, prefiere la ruptura brutal que lo vuelve perjuro a los ojos del mundo. A los remordimientos, quizá irremisibles, prefiere la paz de la conciencia.

No deja de ser interesante la actitud de J. O. Picón frente al problema religioso y significativo a la vez si se tiene en cuenta la época en que se expresó. Con notable osadía, no vaciló en plantear en plena Restauración, cuando mejor triunfaba el espíritu de la monarquía católica, una cuestión tan dificultosa de resolver como el celibato de los clérigos. Hoy día ha llegado a la actualidad el asunto. Se presentaba, pues, la novela como obra de combate en aquella sociedad española del último tercio del siglo, profundamente agitada bajo un aparente equilibrio político por corrientes ideológicas inconciliables. Los sistemas filosóficos que venían sucediéndose desde 1865: krausismo, positivismo, hegelianismo, obraron poderosamente, cada cual a su modo, en contra del catolicismo tradicional, logrando que prevalezca en los círculos intelectuales una atmósfera de duda y de acentuado desasosiego.

A aquel período ideológico turbado corresponden precisamente los años de juventud y de formación espiritual de J. O. Picón. Era su padre ardiente liberal y su madre fue educada en el escepticismo francés. El salió de aquel ambiente familiar íntegro, independiente, generosamente idealista (10). En plena *Gloriosa* empezó en Madrid la carrera de Leyes y, como todo estudiante de su generación, se sintió atraído por los cursos de la Central y las sesiones del Ateneo, donde se reunía la élite intelectual del momento. Restaurada la monarquía, afirmó J. O. Picón sus convicciones republicanas, que debían quedar firmes durante toda su vida. A su actitud política se halla vinculado su anticlericalismo.

Al poner en tela de juicio en su obra el catolicismo al uso, no hace el joven novelista sino denunciar un estado de cosas que ningún historiador serio pensaría hoy en negar. Sin embargo es de observar cómo el autor de *Lázaro* concentra el problema en el alto clero y en la aristocracia, o sea los sectores más conservadores del país, aquellos que le resultaban políticamente muy antipáticos. Aquellos que, finalmente, al lograr con la alta burguesía una componenda, salieron sin grandes daños del período revolucionario para oponerse de nuevo, con todo el peso de la tradición reaccionaria, al avance de las fuerzas progresistas.

---

(10) «Apuntes biográficos», *op. cit.*

Con ser republicano y anticlerical no era J. O. Picón, ni mucho menos, un vulgar descreído. Todo lo contrario, aparece penetrado de espíritu cristiano. Por las múltiples citas esparcidas en sus obras da repetidas pruebas de su profundo conocimiento y aprecio de la sustancia del *Antiguo Testamento*, del *Evangelio*, de las *Actas de los Apóstoles*, de las *Epístolas de San Pablo*. Con la lectura de *Lázaro* se adquiere la seguridad que, en materia de religión, lo que sentía precisamente el novelista era añoranza del espíritu evangélico olvidado por la sociedad de su siglo. En muchas páginas se nota un verdadero odio al fariseísmo que reinaba por doquier con la complicidad y la participación incluso de buena parte de la Iglesia. No cabe duda que el desprestigio moral acarreado por esa hipocresía imperante en quienes tenían la sagrada misión directora de las almas influyó mucho en el acerbo anticlericalismo del escritor.

La indignación frente a la degeneración y al envilecimiento del catolicismo en su país condujo a J. O. Picón a divorciarse íntimamente de él y con afán sincero de reformismo espiritual y moral a adoptar una actitud doble: la primera, de crítica demoledora; la segunda, de búsqueda fuera de la ortodoxia, de una línea de conducta que conciliase su anhelo de ideal cristiano con las exigencias de su racionalismo.

Es así como en *Lázaro*, con actitud netamente progresista, ataca el novelista al tipo de educación impuesta al levita, tras su hostilidad al dogmatismo se oculta su adhesión a los postulados racionalistas que le conducen a exigir para el futuro sacerdote el derecho al libre examen de las ideas, tanto más cuanto que su futura misión le obliga a más firmeza personal. Es evidente que a J. O. Picón no le parece ya adecuada dicha educación en los tiempos modernos. Recalca su ineficacia peligrosa al evocar el caso de su protagonista en la novela:

«Su inteligencia, como vaso forjado según las concepciones de los que dirigieron su educación, fue molde en que se vaciaron ideales ajenos. Cuanto en sí encierran las tendencias de los pasados siglos, cuanto en lo antiguo sirvió de turquesa para dar forma y ser a la sociedad, echó en su inteligencia hondas raíces. Educado para las batallas del presente, tuvo por armas las convicciones de antaño, fuertes por lo sinceras, pero quebradizas por lo viejas» (11).

En opinión del escritor resulta peligroso para el joven sacerdote el ideal ascético de preparación a la muerte que se le ha inculcado. Aparece totalmente anticuado, inadaptado al tipo de existencia del clérigo en la sociedad del tiempo en que ya prevalecen otros. El mismo escritor justifica el concepto moderno de la vida. Reivindica

(11) *Op. cit.*, cap. II, p. 33.

como legítimo el derecho a gozar de la existencia terrenal, ya que Dios ha hecho al hombre rey de la naturaleza por él creada. Y por fin, no contento con ejemplificar todas sus ideas con la experiencia sentimental de su protagonista formula implícitamente una condena del celibato clerical reforzando su punto de vista por la solución que reserva a la crisis espiritual de Lázaro.

Después de dejar el hábito decide el personaje retirarse a la soledad y el olvido de su aldea natal, pero en el camino topa con una cadena de galeotes. Por medio de aquella reminiscencia cervantina tuerce el novelista el propósito egoísta de Lázaro y retoma el fundamental idealismo de toda la historia, a la que da un tono docente:

«Nadie tiene derecho —se dijo— a convertir el escepticismo en inacción. Mientras en el mundo suene una queja engendrada por la injusticia se debe luchar hasta morir, que para consagrarse al sacrificio no hace falta creer, basta amar» (12).

Al sacerdocio rechazado como institución caduca en su forma tradicional prefiere J. O. Picón el apostolado laico. En él confía para mantener vivo el más esencial de los valores heredados del cristianismo: el amor al prójimo. No ignora cuán ambiciosa es la empresa, cuán azaroso el éxito, pero, fuese lo que fuese, guarda fe en el hombre y en la mejora de la sociedad.

En conclusión, revela la novela de J. O. Picón ideas reformistas y aun revolucionarias. Se caracteriza por el idealismo moral exigente, el evangelismo, el progresismo religioso con orientación hacia el humanitarismo. He aquí tendencias que permiten relacionar el espíritu de la obra con el cristianismo liberal español de la época. No se trata, desde luego, de establecer relaciones estrechas, lo que resultaría quizá aventurado, dado el carácter poco estricto de la argumentación ideológica de J. O. Picón, quien, al fin y al cabo, es novelista y no filósofo, ni siquiera pensador. No pasa inadvertida, sin embargo, cierta correspondencia con el pensamiento religioso de los krausistas. En determinados aspectos en materia de valoración de la religión oficial y de concepto personal del ideal religioso, se inscribe la actitud del escritor en la línea definida por Azcárate en tan capital documento como la *Minuta de un testamento* (1876) (13).

---

(12) *Id.*, chap. XVI, p. 173.

(13) Del texto de Azcárate entresacamos estas frases en apoyo de nuestra afirmación: «Sé sincero y te llamarán apóstata, sé hipócrita y te llamarán hombre de honor. No te parece un absurdo, una aberración», *op. cit.*, p. 125, ed. 1967.

Y después de esta protesta en contra de la iglesia oficial, he aquí al final de la confesión la expresión del ideal religioso de Azcárate: «La manifestación más alta y más divina de la vida religiosa hasta hoy es la cristiana, en cuanto ofrece al hombre como ideal eterno el Ser absoluto e infinito, como ideal práctico la vida santa de Jesús, como regla de conducta una moral pura y desinteresada, como ley social el amor y la caridad, como dogma el *Sermón de la montaña*, como culto *la Oración dominical*», p. 118, ed. 1967.

Novela primeriza, no posee desde luego *Lázaro* las cualidades que hacen las grandes novelas, pero, así y todo, no carece de interés. Queda ahora evidenciado el principal motivo de su éxito en el momento de su publicación. Fácil es imaginar la fuerza de impacto de su temática religiosa en el lector de entonces. Pertenece *Lázaro* a la categoría de las novelas de tesis religiosas que jalonan la historia de la novela española de la Restauración a nuestros días, y que son otros tantos testimonios de la honda preocupación por un problema que fue entonces candente más allá del Pirineo. Era a nuestro parecer motivo suficiente para consagrarle las presentes páginas (14).

NOELLI CLEMESSY

Université de Nice  
Faculté des Lettres et Sciences Humaines  
98, Bd. Edouard Herriot  
P. B. 257  
06036 NICE (France)

---

(14) Brian J. Dendle en *The spanish novel of religious thesis (1876-1936)*, Madrid, Castilla, 1968, ni siquiera menciona la novela de J. O. Picón, lo cual nos decidió a publicar estas notas sobre ella.